



## Capítulo 271

El Apóstol no podía comprender la situación actual.

No entendía por qué estaban allí el Rey de las Maldiciones, a quien había intentado persuadir, y el avatar preparado por el Apóstol del Orgullo.

Sin embargo, incluso en medio de tal confusión, había una cosa que el Apóstol tenía clara:

«Esto es peligroso».

Que esta situación era extremadamente peligrosa.

Al darse cuenta de ello, el Apóstol retrocedió inmediatamente.

¡Splat!

La mano derecha del Apóstol, que había sido agarrada por una mano negra, fue cortada y la sangre roja salpicó en todas direcciones.

A pesar del dolor de tener la mano cortada, el Apóstol ni siquiera parpadeó.

Más bien, como si fuera una oportunidad, lanzó la mano cortada hacia Seolrang y Nangwon.

Entonces...

¡Boom!

Del brazo, del que brotaba sangre a borbotones, surgió carne blanca y pura.

Parecía un rayo de luz explotando.

En un instante, la carne, que crecía rápidamente, envolvió a Seolrang y Nangwon, que se encontraban cerca.

Sin embargo...

¡Crack!

Desafortunadamente, la astuta artimaña del apóstol se vio frustrada en un instante.

¡Crack!

Destellos dorados salieron disparados como rayos, destrozando sin piedad la carne y alcanzando al Apóstol al instante.

Incluso el Apóstol, bendecido por el Gran Ser, no pudo seguir esa velocidad por un momento.

Intentó reaccionar, aunque tarde...

¡Crash!

Pero su cuerpo ya había sido lanzado lejos.

Su cuerpo rebotó como una pelota, trazando una enorme línea en el suelo.

Finalmente, el cuerpo del apóstol atravesó los árboles y destrozó el bosque.

Y más allá...

¡Boom!

Se estrelló justo en medio de un acantilado, creando un enorme cráter.

«¡Ugh!

El apóstol escupió sangre negra, con los ojos muy abiertos, incrédulo.

«¿De verdad es tan fuerte?

Sabía que la forma del avatar era poderosa.

¿Pero que Seolrang fuera tan fuerte?

La razón por la que había sentido una sensación de peligro momentos antes era por el Rey de las Maldiciones, a quien había visto como una amenaza, no por la luna dorada que ahora tenía ante él.



Por eso...

«Esto es ridículo...».

El Apóstol intentó levantarse apresuradamente para preparar su siguiente movimiento.

¡Crujido!

Desafortunadamente, enterrado en el acantilado, no podía levantarse.

Era por las manos negras que habían aparecido alrededor del acantilado, manos que no estaban allí hacía un momento.

Cientos de manos rebosantes de maldiciones y malicia.

Al verlas, el Apóstol volvió a vomitar carne.

¡Crack!

Al igual que antes, la carne brotó de su brazo cortado.

Pero

¡Crackkk!

«¿Argh?».

Las manos negras que ya habían emergido agarraron con fuerza el cuerpo del Apóstol.

«No creas que vas a salirte con la tuya, escoria».

Al momento siguiente...

El Señor Abisal del Agua Negra.

Su cuerpo quedó aplastado.

Cuello, hombros, pecho, cintura, pelvis, piernas, rodillas...

Todas las articulaciones se retorcieron.

Sus brazos se doblaron grotescamente.

Su cuello quedó destrozado.

Sus piernas estaban aplastadas.

Su cintura se retorció en un ángulo imposible.

Y así, el cuerpo del Apóstol fue arrojado al suelo.

Pero no había terminado.



Las manos negras que ahora cubrían completamente el acantilado aplastaron su borde y lo dejaron caer directamente sobre el Apóstol.

Pronto...

Con un fuerte golpe, el enorme acantilado...

«Muere...»

Fue aplastado por Seolrang...

-!!!!

La tierra explotó.

El polvo se esparció en todas direcciones.

El ruido ensordecedor llegó hasta Rosario.

Un tremendo alboroto.

En realidad, hasta ahora, Nangwon y Seolrang habían sido extremadamente cuidadosos.

No querían que Alon descubriera su verdadera identidad.



Por eso se habían enzarzado en infantiles peleas tirándose del pelo hasta ahora.

Pero en ese momento, todas sus preocupaciones anteriores se desvanecieron como si nunca hubieran existido.

Para ellos, proteger a Alon...

Era mucho más importante que la posibilidad de que él los odiara después de revelar sus verdaderas formas.

Los ojos de Seolrang y Nangwon estaban hundidos en completa quietud.

Miraron hacia el lugar donde se había levantado una espesa nube de polvo.

La figura del Apóstol visible en el polvo ya no podía considerarse intacta.

No quedaba ni una sola parte normal en su cuerpo.

Sus extremidades estaban grotescamente retorcidas y más de la mitad de su cuello había sido arrancado; su aspecto era lamentable.

Cubierto por completo de carne blanca que sobresalía grotescamente...

Ya no era humano.

Heugh.



Incluso en ese momento, el Apóstol torció los labios en una sonrisa.

«Qué pena, qué pena... parece que ya no podré ayudarlo~».

«Qué pena, qué pena... parece que ahora no podré ayudarlo~».

El Apóstol murmuró para sí mismo.

Sin embargo...

«Aun así, parece que no seré completamente inútil».

Pronto se burló,

y en un instante, la carne blanca pura comenzó a envolver el área alrededor de Nangwon y Seolrang.

Antes de que pudieran reaccionar,

la carne los envolvió por completo, como formando una arena en miniatura entre el Apóstol y los dos.

¡Crack!

Al momento siguiente, Seolrang le arrancó la cabeza al Apóstol.

Sin embargo, aun así, el Apóstol miró a Seolrang como si le divirtiera.

«Es inútil. Aunque me mates, esto no desaparecerá. Y tampoco podrás atravesar esta carne.

Es... un poco especial».

«L...».

«Ahora, veamos juntos el glorioso descenso del Grande. Mira...».

¡Bufido!

«Lo que le sucede a aquel a quien intentaste proteger con tanto empeño».

Se burló con arrogancia.

\*\*\*

Cuando el sol desapareció y cayó la oscura noche, se oyó un extraño sonido.

Alon miró al cielo.

Allí, la silenciosa carne del pecado emitía ruidos extraños mientras se agitaba.

La carne retorcida parecía indicar la próxima manifestación del pecado.

Agarrándose la cabeza mareada, Alon trató de entender la situación.



«... Abajo, los seres blancos están causando estragos, matando a los fieles, y arriba, el pecado está a punto de nacer».

La situación no era buena, pero tampoco era la peor.

El pecado se había debilitado hasta su límite.

Además, ya le había dado instrucciones a Yutia para que evacuara a los fieles al lado opuesto de donde iba a aparecer el pecado.

Dada la urgencia de la situación, había hecho todo lo posible.

En otras palabras, Alon había tomado las mejores decisiones posibles con la información que tenía.

Aun así, la razón por la que ahora había ansiedad en sus ojos...

Era por el pecado que estaba a punto de manifestarse.

Sin estaba ciertamente debilitado.

Si aparecía ahora, solo tendría alrededor de una quinta parte de su poder original.

Pero Alon lo sabía.

Sabía lo absurdamente irracional que era Sin.

¡Zumbido!

Justo cuando pensaba eso...

La carne que se había estado retorciendo violentamente dejó de moverse.

Y lo que apareció a continuación...

«¡

Era una mano.

Una mano gigante que cubría el cielo nocturno.

Una mano tan grande que parecía que podía cubrir fácilmente la mitad de Rosario, rasgando el aire mientras descendía.

Todo sucedió en un abrir y cerrar de ojos.

Antes de que Alon pudiera hacer nada, la mano atravesó el suelo, ignorando la barrera protectora de Rosario como si no fuera nada y se estrelló contra la ciudad.

¡KABOOOM!

Y entonces, todo lo que tocaba comenzó a volver a la nada.



Las calles de un blanco puro rozadas por los dedos gigantes se desmoronaron.

Las plazas quedaron reducidas a ruinas.

Los templos se derrumbaron de un solo golpe.

Un solo ataque...

Fue suficiente para provocar una calamidad imparable sobre la tierra, reduciendo a escombros la mitad de Rosario.

Ante esa visión, Alon...

«Ja...

Se sintió abrumado.

Por lo absurdo.

Por la mera existencia de tal ser.

Mientras la mano gigante se retiraba lentamente, un grito espantoso resonó en todo Rosario.

Un grito tan terrible que agotó las ganas de luchar.

Y con él, desde el capullo comenzó a formarse una nueva forma, incompleta pero enorme, como una vida recién nacida que se concebía.

Alon endureció su determinación.

El pecado había despertado.

Pero...

«Solo hay una oportunidad».

Por eso sabía que ese momento era la oportunidad.

Y entonces...

«逆天 (Cielo inverso)».

Con el murmullo de Alon,

«…».

El collar que llevaba alrededor del cuello comenzó a emitir una luz azul.

Un brillo azul brillante, como una luna azul.

\*\*\*

En la azotea del templo oriental, donde la mayoría de los fieles habían sido evacuados.



«Aaaaaah...».

Sergius gritó débilmente, contemplando la escena de Rosario.

Con un solo ataque, la mitad de Rosario había desaparecido.

Pero, a pesar de eso, habían logrado acabar con los seres blancos puros que se vertían sin cesar en el templo.

Todos suspiraron aliviados por haber sobrevivido.

Pero entonces...

«Ja...».

Los fieles que descansaban dejaron escapar un suspiro de desesperanza.

«Es simplemente... increíble...».

Sergius se derrumbó de rodillas sin darse cuenta.

La determinación que había comenzado a encenderse mientras expulsaban a los seres blancos se extinguío por completo ante lo que acababan de presenciar.

Así de abrumador era.



La irracionalidad que mostraba el pecado.

Con el alma ahora gris y vacía, Sergius simplemente miró al frente con la mirada perdida...

«Eh...».

De repente, oyó una pequeña risa y giró la cabeza sin pensar.

Allí estaba Yutia.

Yutia, sonriendo alegremente como si esta situación realmente le produjera alegría.

En sus ojos, la Vía Láctea se extendía por el cielo con la luna azul en el centro.

Un suave resplandor rojo brillaba en su mejilla, del mismo tono que sus ojos carmesí.

Y en sus labios solo florecía una sonrisa radiante.

Esa imagen era tan hermosa.....

y tan completamente ajena.

La mitad de Rosario había desaparecido.

En cierto modo, hoy podría marcar el comienzo del fin de Rosario.



Incluso en sus ojos, sin duda, se reflejaba la destrucción de Rosario junto con la Vía Láctea.

Y, sin embargo, ella sonreía.

Más radiante que nunca.

«… ¿Señora Yutia?

Como hipnotizado, Sergius abrió la boca.

Al oír su llamada, Yutia se volvió con una sonrisa y lo miró.

Entonces, sus labios rojos se movieron.

—Sergius.

—¿S-Sí...?

—Una vez me preguntaste, ¿verdad? Cómo nace un dios.

Su pregunta repentina.

Era cierto que Sergius le había preguntado eso una vez.

Pero nunca había recibido una respuesta.

Más concretamente, Sergius tampoco esperaba realmente una.

Entonces, ¿por qué...?

¿Por qué llegaba la respuesta ahora?

Sergius se limitó a mirar a Yutia en silencio.

Yutia lo miró a los ojos y dijo:

«Ahora».

«¿Perdón?».

«Ahora mismo. Está naciendo».

Con una sonrisa de absoluta felicidad en los labios,

Sergius volvió la mirada hacia el cielo y lo presenció.

Vestido con un manto teñido del crepúsculo que se hinchaba bajo la luz de la luna...

Emitía un resplandor que rivalizaba con el de la diosa Sironia, de pie noblemente bajo la luna azul...

«Mi dios».

Un hombre...

«… La esperanza bajo innumerables miradas».

El marqués Palatio, llevando a la diosa Sironia a sus espaldas.